

Andrés Abel  
**Rocks**

Con las bragas tensas entre las rodillas, Trey observa cómo la pendiente conduce su meada hasta una grieta delante de ella. El suelo se la bebe con las ansias del borracho que apura los últimos restos de una cerveza olvidada, sin importarle lo caliente que esté. Enseguida empieza a salir vapor de la hendidura.

—¿A dónde coño me han traído estas zorras? —se escucha preguntar en voz alta, sin nadie cerca que pueda responderle.

Quizás debería haber prestado más atención durante el viaje, mientras Mel recitaba, con los pies desnudos encima del salpicadero, el contenido del folleto desplegable que eclipsaba todo su lado del parabrisas («menuda copiloto de mierda», sentenció Tori desde el suyo después del enésimo volantazo al todoterreno de su padre). Trey recordaba haber oído desde el asiento de atrás palabras como *volcánico* y *aerolítico* en el interminable discurso de Mel, y supuso que de momento tendrían que bastarle para explicar aquel paisaje marciano que la mañana le había revelado.

Habían llegado allí de noche, y la luz de la luna no les había permitido apreciar los colores del entorno; de hecho, solo sirvió para enterrarlas bajo las sombras de las enormes rocas que las rodeaban. Tori había sorteado varios kilómetros de peñascos antes de decidirse a parar, por miedo a chocar con alguno de ellos, o a meterse en uno de los agujeros de los que hablaba el folleto de Mel. Aquel bosque de piedras había reemplazado al desierto poco después de que se pusiera el sol, como si se tratase de una proyección de los faros del vehículo. Y cada vez eran más grandes. El claro donde finalmente se detuvieron parecía cercado por una manada de elefantes zancudos.

En cuanto bajaron del todoterreno, Mel lanzó un grito y volvió a saltar dentro. Su chillido resonó como el de algún pájaro del yermo. Trey había salido también por la derecha y empezó a otear las piedras mientras Tori rodeaba el vehículo a toda prisa.

—¿Qué coño pasa? —preguntó la conductora al llegar al otro lado.

—¿Que qué coño pasa? —Mel ponía morritos y se retorció sobre el asiento igual que un yogui novato—. ¡Que me he quemado los putos pies, joder!

Trey y Tori intercambiaron la misma mirada que cruzaban en la infancia cuando Mel empezaba a lloriquear por cualquier tontería. La primera se agachó y tocó el suelo con la palma de la mano. No quemaba, pero casi. Lo suficiente para que decidiese mostrarse comprensiva en lugar de cabreada por la salida de tono de su amiga.

—Ponte las botas, capulla, y vamos a montar la tienda.

Las botas fueron lo único que no pensaron en quitarse mientras levantaban la pequeña carpa en la que, por otro lado, ninguna de ellas tenía intención de meterse. El bochorno allí fuera ya era bastante insoportable. «Somos las vecinitas de arriba de Satán», proclamó Mel en algún momento de la noche. Acabaron las tres en bragas y sujetador (y botas), salvo Trey que no llevaba nada debajo de la camiseta de tirantes y tuvo que dejársela puesta. Los días en los que no les importaba verse desnudas habían quedado ya muy atrás, igual que las confidencias asexuadas y los juramentos de *mejores amigas para siempre*.

---

*Fin del fragmento*

*Consigue el eBook completo en*  
<https://lektu.com/l/andres-abel/rocks/6632>